

DEL MACRO AL MICRO; DEL ANÁLISIS DE LA POSTMODERNIDAD AL DE LA REFLEXIVIDAD

Eric DE LÉSÉLEUC
Universidad de Montpellier

**Respuesta de Eric DE LÉSÉLEUC a la
recensión realizada por David Moscoso de su
obra *Les «Voleurs» de Falaise. Un territoire
d'escalade entre espace public et espace
privé (Maison des Sciences de l'Homme
d'Aquitaine, Pessac Cedex, 2004).***

Ante todo, quisiera agradecer a la *Revista Internacional de Sociología* (RIS) que haya tenido el honor de mencionar mi trabajo en sus prestigiosas páginas y que, además, me permita exponer algunas precisiones a su recensión. Asimismo, quisiera agradecer particularmente a David Moscoso (RIS, n.º 38, pp.225-229) su atenta lectura del libro *Les «voleurs» de Falaise* y la recensión extremadamente pertinente que él ha realizado. Me gustaría precisar, por lo demás, que las consideraciones que siguen no se deben a causa de su lectura, sino a algunas dificultades que se encuentran implícitas en el contenido abstracto del propio texto. Sea como fuere, es necesario realizar algunas precisiones.

Como punto de partida, podrían considerarse dos aspectos centrales, con el fin de evitar algunos malentendidos y alcanzar una adecuada comprensión sobre los ejes teóricos de este trabajo y su interés para la sociología contemporánea aplicada a las prácticas deportivas de naturaleza —pues yo comparto lo que afirma Moscoso en la recensión que realizó sobre mi obra en el número 38 de la RIS: “el

montañismo constituye un extraordinario observatorio de la realidad” (2004:225).

La primera precisión concierne al cuadro teórico sobre el que gira la investigación a la que responde este libro. Sobre este punto, David Moscoso hace ante todo una insistente referencia a Marx y, en diversas ocasiones, a Bourdieu. De una manera más conceptual, él evoca “las distintas posiciones ideológicas y de clases, de hábitos... de las sociedades contemporáneas” (pp. 225). Esto podría dar lugar a la impresión de que se trata de un estudio excesivamente marxista o bien demasiado bourdieusiano (pp.225-226), cuando en absoluto es así. Con razón o sin ella, la sociología francesa está actualmente alejada de las posturas próximas a las teorías de K. Marx. El propio autor de este trabajo se encuentra dentro de esta corriente. Sin embargo, considera necesario puntualizar este aspecto, por al menos dos razones. La primera, porque los autores y las nociones referidas se encuentran definidos en una escala de proyecto de investigación, el de la macrosociología (excepción realizada por Bourdieu exclusivamente en sus trabajos sobre la Kabylie). Sin embargo, en el caso del estudio que se aborda en el libro que es objeto de debate en esta recensión, éste se inscribe en una escala microsociología. La segunda, porque los resultados del estudio se alinean en hipótesis de tipo neomarxistas.

La cuestión del macro y del micro

Dos cuestiones podrían comentarse a este respecto. La primera legitima la elección de la escala de la microsociología. En efecto, la casi totalidad de los trabajos realizados sobre los deportes al aire libre y de naturaleza (también denominados deportes *fun* o californianos), entre ellos los trabajos realizados sobre la escalada, muestran que entran en juego procesos identitarios de tipo comunitario, procesos espaciales y de sensibilidades axiológicas muy localizados. Estos trabajos son mayoritariamente de tipo macrosociológico, en tanto que ponen en evidencia los fenómenos microsociales. En cambio, el proyecto al que responde esta recensión trata de estudiar la coherencia entre los fenómenos analizados (microsociales) y la escala de su análisis (microsociológica); lo que no permite una aproximación muy bourdieusiana. Los resultados obtenidos a partir de este trabajo se sitúan de esta forma a un nivel de percepción microsocial y no pueden apenas ser comparados con los conocimientos obtenidos a escala macro-analítica. Con lo cual, no permiten analizar las posiciones ideológicas o de clases, los hábitos u otras referencias de la teoría de Bourdieu.

En relación a la segunda cuestión, es necesario previamente comentar algunos datos referidos al campo de estudio. La pared de escalada donde se ha desarrollado el estudio es una arena de enfrentamientos y conflictos entre los escaladores que practican este deporte. Rápidamente, las observaciones permiten darse cuenta de que estas tensiones se establecen entre dos grupos distintivos: los que consideran estas paredes de escalada un poco como «su casa», imponiendo ellos, pues, las normas de comportamiento (o las reglas que regulan los usos de esos espacios), y los que, al contrario, por una parte no quieren «obedecer» estas normas y, por otra parte,

cuestionan, además, «el derecho» con el que un grupo de escaladores se permite hacer esto. En efecto, algunas formas de actuar consideradas como «normales» en una pared de escalada «clásica» son condenadas y prohibidas por los escaladores «locales» en la pared de escalada de Claret. Por ejemplo, un escalador no puede aislarse para practicar la escalada del resto de los compañeros. Ninguna intimidad es posible. «Es necesario» (por obligación) participar de la vida social de todo el grupo, decir buenos días, reír con los otros, etc. No se puede ni siquiera venir con una fotocopia de la guía de la pared de escalada, como ocurre normalmente en otros lugares. Es necesario comprarles o pedirles las reseñas a los escaladores locales presentes en el lugar.

Hasta aquí se podría pensar que hay dos clanes que se enfrentan, y que entre el uno y el otro reina ciertas certezas bien claras. Todo lo contrario. La unidad de la población estudiada puede divisarse en tres grupos distintos. El primero, los «favorables», está constituido por escaladores que siempre han estado de acuerdo con este tipo de funcionamiento, afirmándolo un poco caricaturalmente: «aquí, esta es nuestra casa y los que no estén contentos se pueden ir a escalar a otra parte». El segundo, los «contrarios», reagrupa al conjunto de las personas que no comprenden esta forma de apropiación territorial, la rechazan y a menudo se autoexcluyen diciendo: «yo no vengo más a escalar aquí, ellos son demasiado irresponsables...». Entre los dos se sitúa un grupo intermedio, que reúne a los escaladores que han comenzado sin comprender ni aceptar las situaciones y el clima específico de esta pared de escalada, afirmando que «yo, al principio, ni lo entendía ni estaba de acuerdo», o «yo, yo he tenido dos años para comprenderlo y después he seguido el juego, pero he tenido que aprenderlo todo. Después, yo me he mostrado de acuerdo y he tratado de hacer comprender a los otros». Este

último grupo, que puede denominarse «antes, contrario; después, a favor», es particularmente interesante para ilustrar cómo este estudio se alinea en la aproximación macrosociológica bourdieusiana (sin invalidar esta última), pues permite alcanzar dos cosas. La primera es que las personas que constituyen el grupo han sido agredidos con formas de violencia simbólica en las paredes de escalada (normas de comportamiento impuestos, que no corresponden con la cultura “normal” de los escaladores), después de que ellos mismos fueran expuestos a esa violencia (ellos han cambiado sus comportamientos y puntos de vista, aceptando las normativas contrarias de un grupo al que no pertenecían inicialmente), para al final ellos volverse “violentos” contra los otros (puesto que, “entrando en el juego”, ellos son autorizados para imponer las normas de comportamiento a los escaladores de afuera). Esto quiere decir que éstos actuaron al margen del cuadro de lo que es para ellos normalmente aceptable. Ellos están, pues, “fuera” de sus hábitos y de sus “valores”, aceptando y conformándose por estas formas de pensar, hablar y comportarse que contravienen a las de aquellos que están integrados en su grupo social de pertenencia. Esta conclusión no invalida las teorías de los hábitos y de los valores sociales, donde la clase muestra que existen elementos de contextualización muy locales (temporalidad muy corta y espacialidad muy limitada) que estructuran unas actitudes que no pueden explicar por sí solas las pertenencias de clase. “Normalmente”, es decir, en concordancia con sus pertenencias sociales, estos individuos no habrían actuado así, pero en este contexto muy particular de la pared de escalada de Claret, ellos han aceptado cambiar ejerciendo violencia sobre ellos mismos.

Esta conclusión pone en evidencia un segundo elemento que permite evocar el segundo punto clave que yo quisiera abordar aquí, a saber, la cuestión de la postmodernidad.

En un primer momento, veamos cómo David Moscoso evoca esta noción para volver a continuación sobre los datos empíricos.

La cuestión de la postmodernidad

Tal como lo hace David —puesto que el texto cita los escritos de M. Maffesoli sobre los fenómenos contemporáneos, pero cuya alineación crítica no está suficientemente clara—, se puede pensar que se trata de una aproximación muy maffesoliana, basándose en un ejemplo de la postmodernidad; la pared de escalada de Claret se muestra como un ejemplo de las nuevas tribalidades deportivas. Éste no es el caso, por muchas razones. Ante todo, porque muchas de las aproximaciones en cuestión funcionan sobre un registro cercano a la tautología. El razonamiento es más o menos el siguiente: la postmodernidad caracteriza una época marcada por un cierto número de rasgos (por ejemplo, lo dionisiaco, lo efímero, lo festivo, lo lúdico, lo emocional) y, por tanto, el investigador va sobre el terreno estudiando lo dionisiaco, lo efímero, lo festivo, lo lúdico, lo emocional, etc., y se concluye bastante rápido sobre la validación de la existencia de una postmodernidad al poner de manifiesto estos diferentes rasgos. Incluso, si esta crítica es un poco caricaturesca, un buen número de investigaciones de los epígonos de M. Maffesoli se caracterizan de este modo y olvidan tener en cuenta los elementos del trabajo de campo que no coinciden con este tipo de interpretación. Justamente, si volvemos sobre los datos de los trabajos de campo descritos en los párrafos precedentes, nos damos cuenta, contrariamente a lo que afirman un buen número de autores postmodernos, que la construcción actual de los lazos sociales no se produce de manera automática. Al leer a M. Maffesoli, tenemos la impresión que las neotribus se construyen sobre la base de afinidades compartidas, de

sensaciones igualmente sentidas y de emociones compartidas de forma similar. En suma, se trataría de reagrupar a personas que, ante el aislamiento de los individuos en la sociedad contemporánea, se encontrarían y reconocerían sobre la base de una visión compartida del mundo. Y, finalmente, se reagruparían para producir calor humano, justamente frente a la deshumanización del mundo. En un primer momento, podríamos encontrar esto mismo en Claret (un pequeño grupo de escaladores que se aprecian y producen relaciones afectivas ricas y que rechazan hacia el exterior a aquellos que no piensan del mismo modo). Pero, si se profundiza en el análisis, se pone de manifiesto que lo que une a los escaladores entre ellos —lo que M. Maffesoli denomina el “glutinum mundi”— no es una estructura compartida de ante mano, que refiere una misma forma de percibir el mundo.

En efecto, como se ha visto con el grupo de escaladores que hacen uso de la violencia para adherirse a la dinámica de los “escaladores locales”, las relaciones de los escaladores entre ellos, que han terminado por construir un lugar y una identidad local, han sido difíciles y han dado lugar a tensiones, conflictos y negociaciones entre los diferentes actores. Contrariamente a la imagen que se da de la “sociabilidad post-moderna”, la división del sentimiento “estético” del que habla Maffesoli (en el sentido de que une a los individuos/personas) no es algo que necesariamente tenga que ser así. En Claret se ha comprobado que ciertos escaladores no estaban de acuerdo con las maneras de comportarse, de pensar, de decir y de hacer (por referirse a Durkheim). A pesar de ello, en un momento dado, dicen ellos que han tomado y aceptado comportarse en conformidad con el grupo. Se puede concluir que, en efecto, los nuevos vínculos sociales se crean, pero no siempre sobre la base de una estructura compartida previa de una misma visión del mundo,

de las mismas sensibilidades del hecho de sentir las mismas emociones.

Una vez más, pues, el grupo caracterizado (entre la población estudiada) por la afirmación “al comienzo yo estaba en contra, pero enseguida yo estaba de acuerdo”, muestra que las micro-contextualizaciones espaciales y temporales deben ser tenidas en cuenta para comprender cómo se producen lazos sociales a partir de la construcción de un lugar (“antropológico”, según M. Augé) y de una historia común. Por otra parte, este grupo también muestra bien el trabajo contemporáneo de la reflexividad, puesto que en su paso de afirmar que “al comienzo yo no comprendía y yo no estaba de acuerdo” a afirmar que “después yo comprendí y acepté el juego”, ellos expresan todo el trabajo contemporáneo a través del cual el individuo inseguro de las formas justas y válidas de sus comportamientos debe buscar incesantemente las bases que justifican sus acciones cotidianas. Si la dinámica social que está puesta en escena alrededor de esta actividad (la escalada) y de este lugar (la pared de escalada de Claret) ha sido también fuerte, esto no se explica porque un grupo social habría encontrado aquí el medio de expresar a la vez sus hábitos de clase y su distinción, ni porque el “cimiento” post-moderno habría hecho unirse a los que compartían una misma visión del mundo, sino sólo por un lento proceso de reflexividad, eso sí, lleno de tensiones, de conflictos y negociaciones, que reunía a diferentes actores (que no se conocían al principio) sobre un mismo lugar.

Incluso si yo no suscribo el término “post-modernidad”, el estudio de un grupo de escaladores que se ha apropiado un terreno de juego ha mostrado que, más bien al contrario, estamos ante un fenómeno que cuestiona los equilibrios de la modernidad. Pero no porque ello evoque un eventual retorno hacia lo pre-moderno, como sugiere David Moscoso en la página 228, sino porque, creando lazos sociales, los escaladores

se imponen coacciones los unos contra los otros e invalidan las fronteras entre el espacio público y el espacio privado. Ahora bien, el proyecto de la modernidad era justamente liberar a los individuos de estos sistemas de obligaciones, regulando las coacciones en lo privado para sentirse más libres (e iguales) en lo público. Pero, antes que tratarse de algo más allá de la modernidad, como lo sugiere el término "post", el estudio de Claret pone en evidencia el lugar de una hiper-reflexividad, que haría pensar más en una hipertrofia de los caracteres de la modernidad. En este sentido, este estudio está más próximo a Anthony Giddens o a Scott Lash que a la corriente desarrollada en Francia en torno a Michel Maffesoli; mucho más próximo también a Marc Augé, quien más bien pone en evidencia el hormigueo de lo cotidiano que lleva a la construcción de los lugares antropológicos.

Un último punto, más accesorio, puede ser rápidamente evocado, que precisa la posición del investigador frente a la población estudiada. A este propósito, David Moscoso escribe en la página 227: "para garantizar la validez de la posición obtenida en su estudio, [el investigador] se camufló bajo una máscara que impedía a los escaladores descubrir su posición de investigador social, a la vez que lograba integrarse entre estos como un escalador más". Esto no es del todo cierto. Es verdad que yo integraba el grupo como simple escalador, beneficiándome de la

connotación positiva que, en Francia, tienen los guías de alta montaña. Sin embargo, de una manera deontológica, jamás ha sido cuestión de esconder mi posición de investigador. Los escaladores de Claret, en efecto, no sabían que la investigación trataba específicamente sobre "su" lugar y "su" grupo, pero ellos siempre han sabido que yo hacía una investigación sociológica sobre las formas contemporáneas de la escalada al sur de Francia. Esta ampliación anunciada del trabajo de investigación ha permitido impersonalizar las relaciones entre el investigador y los actores del tema estudiado, al mismo tiempo que se respetaban. Ellos no sabían que yo trabajaba directamente sobre sus comportamientos, lo que ha evitado un cierto número de sesgos de observación, pero sí sabían que yo tenía una posición de investigador; lo que en la epistemología de la antropología contemporánea es deontológicamente correcto. Bien entendido, como lo señala David Moscoso, esto ha permitido que se constituya una "dimensión auto-reflexiva" (p. 227).

Una vez más, mis agradecimientos a David J. Moscoso, que ha hecho un magnífico y arduo trabajo de lectura de este texto y a la Revista Internacional de Sociología, que me ha ofrecido este espacio de palabra.